Historia de un doble milagro

milagrosa, a juzgar por lo que cuentan estos pueblos.

—Muy milagrosa —sentenció él—. El señor cura le podría hablar de ello mejor que yo. ¡Sabe él unas historias más bonitas!... Yo sólo sé un milagro que dicen que sucedió hace mucho tiempo. Todos lo saben, porque su historia va pasando de padres a hijos.

Secóse con el pañuelo el sudor de su frente e hizo una larga pausa. Después se descubrió, hizo la señal de la cruz y continuó:

—Es costumbre en el pueblo santiguarse antes de comenzar a contar esta historia. Porque es historia de amor y de dolor a un tiempo. Dicen que ello sucedió hace muchos años, casi por el tiempo de los moros.

Vino a estas tierras, de otras muy lejanas, un ciego acompañado de su lazarillo. El pobre nunca había visto la luz, ni sabía lo que era el día ni la noche. Subió poco a poco esta cuesta el mismo día de la festividad, y entró por esta puerta. Dicen que, al entrar, se detuvo de pronto y alzó la cabeza, como si de lo alto le hubieran llamado por su nombre.

Llegó al altar mayor y se arrodilló, al mismo tiempo que cantaba el pueblo la Salve. Entonces sucedió el milagro. Cuando llegaba el canto a aquello de «Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos», el ciego abrió los brazos y lanzó un grito horrible. En sus ojos se había hecho de día, y lo primero que vio fueron los ojos de la Virgen, que le miraba con misericordia.

Agolpóse el pueblo alrededor del ciego, que, después de dar gracias, salió a la puerta dando saltos de gozo; y cuando aquí estuvo y contempló esas montañas, ese río, esos caseríos blancos, ese cielo y ese sol, el pobre pareció que iba a enloquecer de júbilo.

—Es verdad —subrayé yo—. Es sublime este espectáculo para cualquier alma que sienta la belleza. ¡Qué sería para él que por primera vez lo contemplara!

Detúvose el narrador, un poco contagiado de la emoción que sus palabras despertaban, y prosiguió:

Aquí estuvo largo rato sin decir nada, clavando sus ojos vírgenes en la lejanía. Después bajó esas escaleras dando saltos y gritos como un niño, y entró en la gruta. Allí besó el suelo y se quedó mirando, como en éxtasis, a la Virgencita buena.

Salió después, y en el mismo dintel de la gruta se detuvo, inclinó la cabeza como asaltado por algún pensamiento trascendental, y se volvió a arrodillar en la grada del altarcito. La gente seguía con curiosidad sus movimientos. Entonces tuvo lugar una escena conmovedora.

Le temblaba la voz al santero, y en sus ojos había un brillo extraño de profunda emoción.

—Entonces, con los brazos extendidos y mirando con fijeza a la imagen, como si quisiera grabar para siempre en la retina las líneas de su figura, dijo en alta voz: «Señora, si en los años que me quedan de vida sabes Tú que he de pecar con estos ojos que Tú llenaste de alegría, si por tener luz en ellos puedo ofenderte y poner lágri-

mas en los tuyos, quítame desde ahora esta luz que es mi vida y mi encanto, y déjame ciego».

Ocultó después la cara entre las manos, como esperando una decisión de los cielos, y, cuando levantó la cabeza, ya no pudo ver nada. Estaba ciego otra vez. Se hizo un silencio de angustia en la gruta. Tan profundo era, que se pudo percibir la voz del ciego, que rezaba así:

«Gracias, Señora. Me separo de Ti, ciego, como ciego vine hasta Ti. Pero te he visto, y ya nada en mis ojos muertos podrá borrar tu figura. Ya no iré solo por el mundo. Llevo en mi triste noche la estrella de tus ojos, que yo vi en el trance más hermoso de mi vida. Sean ellos mi luz y mi compañía hasta el día en que te vea sin sombras en el cielo.

Después bajó por la ladera, guiado por el lazarillo, y se perdieron sus pasos por esos mundos de Dios.

—¿Nada se volvió a saber de él? —pregunté.

—Algunas historias dicen que murió como un santo una noche a la puerta de una ermita como ésta, y que sus últimas palabras fueron: «Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos».

Calló el santero al dar fin a su relato y se santiguó otra vez. Después de un largo silencio, yo le dije:

—¿Quiere usted que bajemos a la gruta y recemos... una Salve?

Dr. Enrique de Cabo

SANTA MARIA

Por los molinos y por las granjas,
dando a los niños pan y naranjas,
dicen los viejos de la alquería
que anda de noche Santa María.

Olor a rosas dejan sus huellas,
lleva un gran manto lleno de estrellas,
sopla en las ramas y brotan flores,
suspira y cantan los ruiseñores.

Su cabellera mana rocío,
y abre sendas de plata el río
para que pase por la ribera
sin que se moje sus pies siquiera.

Ronda de noche por los casales,
grana la espiga de los trigales,
y, con sus manos llenas de luna,
madura el fruto de la aceituna.

Y, cuando pasa por los alcores,
callan los perros de los pastores,
y meneando la larga cola
—¡cómo va triste, cómo va sola!...—
con sus hocicos negros y rudos
van a lamerle los pies desnudos.

Se inclina al lecho del moribundo,
y, cuando lanza su adiós al mundo,
recoge el alma y emprende el vuelo
¡hasta su Hijo que está en el Cielo!

Por los molinos y por las granjas,
dando a los niños pan y naranjas,
dicen los viejos de la alquería
¡que anda de noche Santa María!

Francisco Villaespesa

LA PASTORCITA DE OLITE
(Leyenda navarra)

La niña, único fruto de su dichosa unión, era la alegría y la esperanza de aquel honrado y humilde matrimonio de pastores que, allá por los comienzos del siglo XIII, había levantado pobre cabaña en las laderas de un monte cercano a la ciudad navarra de Olite.

Pero un día, cuando la pequeñuela intentaba dar los primeros pasos, la madre hizo, con dolor, un horrible descubrimiento: la niña no podía andar. Sus piececillos eran débiles, sus piernas se torcían como ramas que no pueden resistir el peso del fruto.

Lloró la madre desolada; el padre contemplóla con espanto. ¡Qué iba a ser de ella! La llevaron a los físicos de Pamplona y Tafalla. ¡Todo inútil! El dictamen fue unánime: la chicuela no tenía cura. ¡No andaría! La inmensa dicha de disponer de su libertad, de ir y venir acá y allá a su albedrío, de moverse, de poder trabajar y ganar el sustento, le era negada...

Sería un ser inútil; una inválida a merced de los padres, mientras vivieran, a merced de alguna persona caritativa, de algún alma buena y compasiva, cuando ellos murieran. De otro modo... ¡a pedir limosna!...

¡Cómo lloró la pobre madre, cuando el físico

La Pastorcita de Olite

—un judío converso que sabía más que Lepe— clavóle en el alma el cruel puñal de este desgraciado pronóstico! Y volvió a la humilde cabaña, llevando entre los brazos, estrechándola contra su pecho con tal fuerza que la hacía llorar a menudo, a la pobre niña. ¡La pobre hija suya no podía conocer las alegrías más sencillas y puras: la libertad, el trabajo, la santa complacencia de vivir, el amor, la dicha de formar un hogar y perpetuarse sobre la tierra en los hijos y en los hijos de los hijos!...

* * *

Creció Isabel, que así se llamaba la niña. Era hermosa como una bendición del cielo; rubia como las espigas en agosto; de ojos dorados que recordaban el ámbar y la miel. Y su carácter, pese a aquella deformidad física que la imposibilitaba hasta para moverse: «Señor, hasta para moverme...» —decía a veces con lágrimas silenciosas— era dulce, sumiso, callado, melancólico, de una humildad celestial, como el de las santas y las mártires.

Paciente, tesonera, reconcentrando todas sus actividades y energías, incapacitada de emplearlas de otro modo, había adquirido extraordinaria habilidad manual. Cosía, bordaba primorosamente, tejía cuerdas, pleitas de esparto o paja, y construía esteras, cestas de mimbre, banastas, cruces, cajas y mil objetos más de utilidad o adorno. Las gentes de los pueblos vecinos, los señores feudales, los artesanos y burgueses aco-

modados, hacían encargos a la pastorcilla Isabel; los curas y abades de colegiatas y monasterios le encargaban enormes esteras de esparto, bordados y encajes para templos, sacristías y capillas y para las casas de «sus reverencias». Al cabo de algunos años no hubo pueblecito o caserío, ciudad o aldea de los contornos en cuyos hogares no se mostrara algún primor de aguja o de pleita, de mimbre o de caña, fabricado por las manos de oro de Isabel.

Trabajaba siempre febrilmente. Sus ingresos habían permitido a los padres de ella construir una cabaña nueva y mejor y aumentar considerablemente las ovejas y las vacas. De esta forma había asegurado el sustento de la familia la pobre niña inválida. En la cabaña, humilde, pero limpia y amplia, reinaba holgado bienestar. Isabel la alegraba con su juventud de azucena. Olvidaba, enfrascada en el trabajo durante horas y horas, su terrible desgracia. Y los padres habían acabado también por aceptar aquella espantosa fatalidad, como se aceptan las cosas irremediables de la vida.

* * *

Pero un día... La pastorcilla Isabel, resignada hasta entonces con su anquilosamiento y su triste destino, sintió una ráfaga de rebeldía. Llegaba la juventud, la juventud amable, adorable, fuerte, coronada de risas; la juventud que ella veía manifestarse en sus amigas, en las compañeras de la infancia, pletóricas de vida, mostrándose en

colores sanos, en movimientos llenos de gracia, en agresividad jovial, en carcajadas, en bromas, en cánticos...

La tarde anterior al día memorable hubo en el pueblo de Olite un baile aldeano que convocó a todas las gentes de los alrededores. Isabel fue llevada también. Años atrás, su padre hízole construir en Tafalla un carro diminuto del cual tiraba un asno enano. Con él Isabel pudo salir de casa; andar por los caminos, ir a las viviendas de las personas bondadosas que le hacían encargos.

Aquella tarde, Isabel, sentada en un gran sillón frailero, presenció la fiesta como había presenciado otras hasta entonces, hundida, inmóvil, entre el grupo de comadres y viejos. Miraba bailar a sus amigas de la infancia, reír con los muchachos, iniciar los primeros coqueteos de mujercitas ante cuyos ojos se abrían las dulces y tentadoras perspectivas del mundo y de la vida... Y ella estaba allí, clavada, hundida en un sillón, imposibilitada de moverse, desgraciada, inútil... Sentía clavarse en ella, con piedad sincera, las miradas de las viejas y, sin querer, escuchaba palabras, dichas a media voz, que la herían hasta el fondo del corazón: «¡Pobre hija!... ¡Pobre muchacha... ¡Tan hermosa, tan buena!»

Era verdad. Se había convertido Isabel en una flor radiante de juventud. Su busto recordaba las corolas de esas flores que, al llegar las lluvias de abril, rompen las valvas del cáliz, orgullosas de mostrar al sol sus maravillosos colores, de embalsamar el aire con sus perfumes; estallaba el

pecho de nácar dentro del corpiño, y todo en ella parecía como una santa bendición del cielo. Todo... menos aquella maldita deformidad. ¡Ah, si no fuera por ella!

¡Con qué amargura lloró Isabel al encontrarse en su lecho blanquísimo! Lloraba en silencio, con una pena honda, honda, salida del mismo corazón. Y al día siguiente fue cuando por primera vez sintió rebelársele la voluntad contra el destino.

* * *

—¡Madre! —dijo la dulce niña cuando se encontraron solas en la cocina, con las primeras luces del alba—. Quiero decirte algo...

—¿Qué es, bien mío?

—Pues que iré hoy en mi carrito al santuario de las Animas. He soñado que la Virgen me curaba.

—¿Eso soñaste, hija mía? —preguntó la madre enternecida.

—Sí, madre. Todos los días ocurren milagros en el país. ¿Por qué no me he de ver yo curada también? ¡La Virgen todo lo puede, y si Ella quisiera...!

La pobre mujer lanzó un gran suspiro, besó a su hija y la dejó partir. ¿Para qué quitar aquella esperanza a la pobrecilla?

Y la buena madre, un poco esperanzada a su vez, se quedó llorando en silencio, musitando oraciones.

* * *

Llegó la pastorcilla al santuario de las Animas. Estaba situado en lo alto de un pequeño cerro, entre pinares. La vieja que cuidaba la ermita le abrió la puerta y se alejó. Isabel salió del carro; se arrastró sobre el pavimento hasta llegar al pie del altar de la Virgen. En la soledad del pobre templo aldeano, la fe tomaba una expresión honda, suave y esperanzadora. La Virgencita, humilde y pequeña, estaba en su modestísimo nicho, sobre un altar bajito, al alcance de la mano. Dos candelabros de bronce sostenían rústicas velas de cera. Por las ventanitas del santuario se colaba un airecillo sutil. Olía a sierra, a pinar.

—¡Virgen santa, Señora mía! —dijo Isabel con fe de corazón—. ¡Todos mis deseos son puros, claros, como el agua de la fuente; mis ilusiones, santas; mis esperanzas, dulces y humildes! ¡Cúrame, Madre mía; ponme buena! ¡Quiero tener salud, como todas las muchachas, mis amigas, moverme, correr, saltar, reír, como ellas! ¡No me niegues, Madre buena, lo que tienen los pájaros, los animales todos!: ¡libertad de moverse, de andar, de valerse por sí mismos! ¡Tú que ves lo que sufro, Virgen mía, cúrame!...

Y entonces ocurrió el milagro: la imagen, de barro tosco, burdamente pintado, se animó, se transformó de pronto. El rostro de la Virgen tomó brillo y expresión de vida; sus ojos lanzaron destellos de mirada misericordiosa, al tiempo que sus labios, hechos ahora de grana, se entreabrían con dulcísima sonrisa. E Isabel oyó una voz melodiosa, como suspiro de viento en la arboleda:

—¡Voy a hacerte dichosa, hija mía! Ya sé que tú eres buena; que tus sentimientos son nobles; tus ilusiones, puras. Conozco tus trabajos, tus esfuerzos, y cómo has mejorado la posición de tu familia. En esta misma ermita, y para honrarme, has dejado las obras de tus manos: esteras, flores, paños de altar, ropas bordadas... Bien, escucha: Te curarás, sí, y pronto; pero será por un milagro que tú misma has de hacer y adivinar. Alguien, no te digo quién es, se acercará a ti y te curará... Ten fe y paciencia. ¡Y ahora... vete!

La imagen volvió a su inmovilidad. Otra vez se había tornado barro. Isabel cayó de bruces sobre las losas y gimió:

—¡Oh, gracias, Madre mía, gracias, gracias!...

Y la hermosa pastorcilla, luego de llorar largo rato, de murmurar interminables palabras de gratitud, salió de la ermita y regresó a su cabaña. Iba radiante, transfigurada por la fe.

¡Ah, su alegría! ¡Y la alegría de sus padres!

Convinieron en guardar el secreto, a ruegos de Isabel, hasta verificarse el milagro, del cual nadie dudaba ya en la familia.

* * *

Pasó tiempo. La pastorcilla quedaba con frecuencia sumida en éxtasis. Esperaba, a cada instante, el milagro: ¡sanar, moverse, andar!

Y así una semana, dos..., un mes, otro..., un año... Isabel, sin dudar, se consumía. Había cumplido catorce años; era como capullo primoroso, recién abierto en el rosal bajo la lluvia de mayo.

Cada vez que alguien se acercaba a ella, sonreía con expresión divina, esperanzada, preguntándose interiormente. ¿Será ahora?...

Hasta que una mañana... Era el mes de las flores; los campos exultaban con el renacer primaveral. Un año hacía del día memorable en el cual la pastorcita, empujada por una llamarada de fe, imploró la salud ante la Virgen de la ermita de las Animas. Aquella mañana Isabel guardaba el ganado. Desde su carrito, puesto al lado del camino en un hermoso prado, vigilaba las vacas, las ovejas, ayudada por tres grandes mastines. Ladraron los perros y en una revuelta del sendero, apareció alguien, cuya vista hizo a Isabel ruborizarse levemente y lanzar un suave suspiro de su pecho.

Era Toñón quien se acercaba. El más gallardo zagal de la comarca; el más bueno, sencillote y callado de los muchachos de la aldea. A la vez alegre y modoso, discreto y noble. No mostraba hacia Isabel, como los otros muchachos del país, una humillante conmiseración indiferente. Toñón no; Toñón la miraba con arrobo, con expresión humilde, respetuosa, admirativa. A menudo le había dicho que era hermosa y que ninguna muchacha del contorno la aventajaba en bondad y cualidades excelentes...

Ahora los dos jóvenes hablaron, hablaron largamente. Toñón se apoyó en los varales del carrito de Isabel y la charla era tan dulce que los dos muchachos se olvidaron del ganado y del mundo. De pronto Toñón, tras un largo silencio admirativo, cogió una mano de Isabelita, y mi-

rando a la pastorcilla apasionadamente en los ojos, se llevó la mano de azucena a los labios y depositó en ella un beso.

Isabel se estremeció. Todo su cuerpo se había erguido, atravesado por un fluido misterioso. Probó a levantarse y lo hizo con facilidad; miró a sus pies: ¡ya no eran los muñones torcidos de siempre! Se alargaban con graciosa forma normal sobre la estera del carrillo; movía las piernas con agilidad y soltura... Al fin, saltó del carro y corrió alocada y como enloquecida por el prado, moteado de florecillas silvestres, gritando:

—¡Milagro, milagro! ¡estoy curada, estoy curada!... ¡Gracias, gracias, Virgen de las Animas!

* * *

El prodigio voló por toda la comarca en alas de la fama. Unos meses después, cuando se celebraba alegremente la vendimia en los campos, se casaron Toñón e Isabelita. Y Toñón le decía en voz queda a la linda muchacha:

—¡La Virgen hizo el milagro! Y mi amor fue el que supo descifrar el misterio de tu encantamiento...

Y todavía hoy, en la hermosa catedral de Tafalla, puede verse el sepulcro de Toñón y su esposa, la dulcísima Isabel.

NUESTRA SEÑORA DE LA HOZ
(Leyenda castellana)

En las proximidades de la sierra de Molina, entre los pueblos de Ventosa y Corduente (Guadalajara), se extiende lo que en Castilla se llama «una hoz de peñascos», angostura encuadrada por montañas, por donde corre el río Gallo.

Un día lejano de 1247 caminaba por allí un pastorcillo. Llevaba a pastar un pequeño rebaño de cabras y ovejas. Aunque conocía bastante bien el terreno, ignoraba no pocos parajes agrestes de la intrincada y abrupta serranía.

Iba ya más que mediada la tarde. El zagal se dispuso a regresar al aprisco. Pero entonces echó de menos la mejor de las corderas de su hato. Era una hermosa res, fina, de blanquísimo bellón. La clásica oveja descarriada que ha dado lugar a tantas leyendas y tradiciones de nuestra Patria.

Ataúlfo —así se llamaba el pastorcillo— no podía volver sin la hermosa oveja. Ayudado por sus dos mastines, encerró el rebaño en una especie de pequeño anfiteatro natural formado por altas rocas. Y hecho esto, se perdió entre las fragosidades de aquel lugar grandioso y solitario, para buscar la res.

Sin darse cuenta de que el sol declinaba hacia el ocaso y que venía la noche a más andar, se fue adentrando en el corazón de la serranía, brava e imponente. Oyó a lo lejos un rumor extraño como de agua que se despeñara desde las alturas. Sin arredrarse —era de corazón valiente y decidi-

Ntra. Sra. de La Hoz

do—, continuó avanzando. Pronto sus ojos descubrieron la cabellera de espumas plateadas del río Gallo que, en efecto, forma en aquellos parajes una bella y enorme catarata.

La angostura se estrechaba cada vez más. Pensó Ataúlfo que la oveja perdida habría seguido el fondo pedregoso del tajo y no se detuvo. Continuó dando silbidos y llamando por su nombre a la cordera.

* * *

—¡Escúchame, Ataúlfo! Yo te diré dónde está la ovejita —dijo una voz dulcísima que sonó a sus espaldas como saliendo de la maleza misma.

Se paró instintivamente el pastorcillo y volvióse anhelante y lleno de inquietud. Sus ojos se abrieron enormemente con asombro y espanto.

Era la Virgen en persona quien le hablaba. Apareció majestuosa, con el niño en los brazos, saliendo del fondo de una pequeña cueva, formada en la roca viva.

Cuando el pastorcillo pudo reponerse un tanto de su estupor, murmuró, con voz entrecortada:

—¡Oh, señcra!... ¿Quién sois?...

—¡Yo soy la Virgen, hijo mío! —repuso la Señora en tono de inmensa dulzura—. He visto tus apuros y he querido ayudarte. Tu ovejita está allí, al fondo del sendero que sigues, en una explanada rodeada de rocas. Desde aquí la veo yo... ¡Continúa!

Miró el pastorcillo. Una revuelta del barranco le impedía ver la cordera. Instintivamente iba a

echar a correr. Quiso antes despedirse de su bienhechora, dar gracias a la Virgen, y, lívido por el asombro y la emoción, volvió la cabeza. ¡La Virgen había desaparecido!...

* * *

Corrió ahora Ataúlfo creyendo delirar. Mientras corría, volvía la cabeza a cada instante para mirar a la cuevecilla, a cuya entrada se le había aparecido la Virgen. Al desembocar en la plazoleta, tuvo la confirmación de su visión. Allí estaba la cordera. El animal se acercó a él, balando dulcemente. La condujo al rebaño. Y, al pasar por el lugar de la aparición, se arrodilló, murmurando con labio tembloroso:

—¡Gracias, Madre mía, gracias de todo corazón!

Iba como loco. Corría desatinado en dirección al pueblecillo. Espantaba el ganado; golpeaba los troncos con su cayado de nudos. Los perros le seguían jadeantes y ladrando.

—¡Milagro, milagro! ¡La Virgen santa se me ha aparecido!...

* * *

Los aldeanos de Corduente, Ventosa y todo el contorno, noticiosos del innegable milagro, fueron al sitio de la aparición: allí estaba una imagen de la Virgen María, tallada en madera, cubierta con rico manto azul, bordado en oro.

Y en aquel lugar se eleva hoy poética y humilde ermita, que da fe de esta bella y dulce leyenda del pastorcillo Ataúlfo.

Santos Díaz Santillana

¡COVADONGA!
(La Virgen de la Cueva)

Al oriente de Cangas de Onís, a la extremidad de un estrecho valle, se levanta una roca de 128 pies de elevación, en cuyo centro existe una abertura que forma una caverna llamada «Covadonga», nombre alterado de «Cueva Longa», o larga, como parece ser que era llamada en el país, por su forma alargada y gran extensión. En esta cueva, sobre el monte Auseba, se veneraba desde remotos tiempos una imagen de María Santísima, al cuidado de la cual hallábase un venerable ermitaño.

Cuenta una vieja leyenda que, en cierta ocasión, poco tiempo después de la invasión de los árabes, don Pelayo, que se había batido con gran valor en Guadalete, y hubo de refugiarse en Asturias, como tantos otros, se encontraba recorriendo la montaña en las proximidades de la «Cueva Longa».

De pronto salióle al paso un malhechor muy conocido por sus fechorías en aquella comarca, y don Pelayo, al verse atacado, desnudó su espada, dispuesto a castigar como se merecía la maldad de aquel hombre. Pero éste reconoció al instante la superioridad de su contrario y echó a correr, refugiándose en la cueva de la Santísima Virgen María.

Covadonga

Hasta allí le persiguió don Pelayo, dispuesto a descargar su espada sobre la cabeza del criminal, quien, viéndose perdido, arrojóse a los pies del santo eremita, guardián del altar de Nuestra Señora, gritando:

—¡Perdón! ¡Salvadme!

—¡Atrás! —gritó el ermitaño, deteniendo a don Pelayo—. Envairad vuestra espada, que, si merece algún castigo este desgraciado, no es en este santo lugar donde debéis castigarle. Respetad el Santuario de la Virgen María y perdonad a vuestro enemigo, como Dios perdonó a sus verdugos...

Era muy cristiano el valiente don Pelayo, e incapaz, por lo tanto, de profanar el humilde templo de Nuestra Señora.

Así, pues, al oír las palabras del cenobita, envainó su espada y se postró reverente ante el pobre altar de la Virgen, exclamando:

—¡Perdonadme, Señora! ¡La ira me cegada y no os veía; no seré yo, en verdad, quien profane vuestra sacrosanta morada: libre y perdonado está por mí ese hombre, ya que tan poderosa ayuda ha venido a buscar para salvarse!

—Noble y bien nacido sois —contestó el ermitaño—, y vuestra meritoria acción no ha de quedar sin recompensa. La Virgen María, a quien acabáis de honrar y por quien templáis vuestros enojos, os dará en su día el premio a que os habiés hecho acreedor, valiente don Pelayo. En Guadalete habéis peleado por la religión e independencia de vuestra patria; en Covadonga seguiréis peleando por la misma sagrada causa, y la Augusta Emperatriz de los Cielos hará que en

Covadonga, donde por el gran amor que la profesáis, se acaba de salvar la vida de un hombre, se salven también de la esclavitud vuestras gentes, dándoos a vos y a ellos la victoria sobre el impío musulmán. Para que así suceda, rogaré yo incesantemente.

—¡Dios os oiga, buen anciano! —contestó don Pelayo.

Y abandonó la cueva santa, no sin antes inclinarse reverente ante el altar de la Virgen, musitando una oración.

* * *

No tardó en cumplirse la predicción del venerable ermitaño. Poco tiempo después, don Pelayo era proclamado rey y se levantaba en armas contra el infiel, atreviéndose a hacer correrías por las comarcas ocupadas por los musulmanes.

El wali Alhaur ben Abderramán, con el fin de ahogar en su origen la rebelión de los cristianos, que pudiera ser funesto ejemplo para los españoles que vivían tranquilos bajo el poder agareno, envió a Asturias un poderoso ejército a las órdenes de su lugarteniente Alkamán.

Entonces, Pelayo se retiró con los suyos a las asperezas del monte Auseba, encerrándose con unos doscientos hombres en la Cueva Santa y distribuyendo el resto de sus huestes en las alturas y quebradas que limitan el estrecho valle regado por las aguas del Deva.

Alkamán, con gran imprudencia, avanzó por el desfiladero, empezando el ataque, fiado en el nú

mero de sus gentes. Una lluvia de flechas cayó sobre los cristianos, pero la Santísima Virgen María, protectora de sus fieles hijos, hacía que, en lugar de herir a éstos, rebotasen los acerados dardos en las rocas, yendo a clavarse en los pechos de quienes las arrojaban. Al propio tiempo, los cristianos, emboscados en las colinas laterales, disparaban también sus flechas, haciendo rodar al valle enormes peñascos que causaban horribles destrozos en las apretadas filas de los infieles.

Alkamán redobló sus ataques, siempre vigorosamente repelidos, y de repente estalló una fuerte tormenta, cuyos truenos resonaban pavorosos en los montes, y la lluvia desprendióse a torrentes de las nubes...

Los musulmanes se asustaron tanto como creció el ánimo de los cristianos, quienes atribuyeron el suceso al socorro de la Santísima Virgen de Covadonga.

—¡Victoria! ¡Victoria! —exclamó don Pelayo—. ¡La Virgen de la Cueva Santa nos protege! ¡Sus, y a ellos!

—¡Victoria! —repitieron con entusiasmo los suyos, arrojándose sobre el enemigo con gran coraje.

El combate se convirtió muy pronto en horrorosa carnicería, quedando muertos Suleymán, uno de los principales capitanes moros, y el propio Alkamán, que acaudillaba las huestes musulmanas. Estas huyeron a la desbandada, dejándose en aquellos desfiladeros casi la totalidad de su ejército.

* * *

Después de la gran victoria que alcanzaron los cristianos sobre los infieles, la fama de la Virgen de Covadonga extendióse por todas partes, y a cada momento se oía invocar a la Reina de los Angeles con aquel glorioso nombre...

El monte Auseba fue desde aquel día visitado por infinidad de cristianos, que acudían a implorar de la excelsa Madre de Dios su divina intercesión.

Y no ha habido monarca que no haya visitado el Santuario, dejando en él pruebas de su fervor religioso y predilección por la Santísima Virgen de Covadonga.

José R. Santonja

LA VIRGEN DE LA ALMUDENA

Corría el año 712 de nuestra Era.

La monarquía goda se había hundido en la batalla de Guadalete. Muza y Tarik, los famosos capitanes musulmanes, al vencer al Rey don Rodrigo, establecieron su dominación en la Península, dominación que había de durar más de siete siglos.

Las huestes agarenas conquistaron con pasmosa rapidez las principales ciudades de España, llegando en su victoriosa correría hasta Toledo, de cuya ciudad se apoderaron inmediatamente.

Madrid, en aquellos tiempos, era un lugar insignificante. No se sabe a punto fijo cuál fue el primitivo nombre de la que había de ser capital de dos mundos: Mantua, Miacum, Ursaría... Su recinto era muy reducido y su población escasa.

Sin embargo, estaba tan admirablemente situado, era un lugar tan estratégico, que los árabes no dudaron un momento en ocuparlo para levantar en él una gran fortaleza que consolidara y defendiera sus conquistas sobre los cristianos.

Grande fue la consternación de los pacíficos moradores de esta villa al saber que los enemigos de la Cruz se disponían a invadirla... Y en estos momentos de pánico, ante el temor de caer bajo el yugo de los mahometanos, no pensaron más que en una cosa: en salvar de sus manos los

objetos que les eran más queridos. Uno de estos objetos, el más venerado, era, sin duda, una imagen de la Virgen María, traída a esta villa por un discípulo del Apóstol Santiago en el año 38 de nuestra Era.

Y cuenta la tradición que el pueblo en masa se trasladó a la iglesia para pedir a la Virgen su augusta protección, dispuestos a defender la Sagrada Imagen contra todos los infieles.

El más venerable de los sacerdotes de aquel templo subió al altar, y con emocionado acento, habló así a los madrileños:

«Hijos míos: Los enemigos de nuestra fe han invadido todas las ciudades, villas y aldeas de España.

¡Es inútil la resistencia! ¡Dios así lo quiere!

Es preciso que acatemos su santa voluntad, pidiendo de rodillas perdón por nuestras culpas.

El que se encuentre con fuerzas para pelear, que pelee hasta morir en defensa de nuestra sacrosanta religión.

Y aquel que sobreviva al duro combate, en el que sin duda seremos vencidos, que corra hacia las montañas donde se reúnen las huestes de los soldados de la Cruz, al mando de don Pelayo, para hostigar cuanto puedan a los invasores y trabajar por la libertad de la Patria.

Muza está en Toledo; conquistada esta ciudad, pronto el infiel caudillo se hallará delante de nuestros muros; antes de que esto suceda, antes de que Madrid caiga en sus manos, es preciso que pensemos en salvar los objetos que nos son más queridos.

La Virgen de la Almudena

La Virgen Santísima, a quien tanto veneramos, que siempre ha sido nuestra abogada y protectora, que siempre ha oído clemente nuestras preces, no ha de caer en manos de nuestros enemigos, no hemos de permitir que su preciosa imagen sea profanada por los infieles.

Ocultémosla, mientras peleamos contra ellos, en el cubo de esa muralla contigua a este santo templo. Si vencemos, todos sabemos dónde la hallaremos para darle gracias por la victoria, y si, por desgracia, somos vencidos, líbrese, oculta en la muralla, del furor de los mahometanos.»

El pueblo escuchó con religioso silencio la emocionante plática del anciano sacerdote y quedó aprobada en el mismo instante su proposición.

Fue bajada la imagen del camarín y conducida en procesión hasta la muralla donde se le construyó un nicho en el que fue colocada, «dejando dos luces para que la alumbrasen».

Acto seguido, se tapió el nicho y se dejó el muro en la misma forma que estaba.

* * *

Más de tres siglos y medio sufrió Madrid, que recibió el nombre de «Magerit», el yugo de los árabes.

Pero al fin llegó el tan deseado momento de la liberación.

Corría el año 1085 de la Era cristiana.

Don Alfonso VI de Castilla, llamado «El Bravo», había reconquistado Toledo, y poco tiempo después entraba triunfante en «Magerit» y susti-

tuía la Media Luna por el Estandarte de la Cruz, que ondeó, desde entonces, en las torres y minaretes de los árabes.

Lo primero que hizo don Alfonso al entrar en la villa, fue purificar el antiguo templo de la Virgen María que los infieles habían profanado al convertirlo en mezquita. Y sabedor de que el año de la derrota se había podido ocultar la imagen de la Virgen, con el piadoso fin de que no cayera en poder de los conquistadores, mandó realizar pesquisas para averiguar el sitio donde aquellos fervorosos cristianos la escondieron, circunstancia que ignoraban en absoluto por haberse extinguido los últimos descendientes de aquéllos.

Pero habiendo fracasado en dichas pesquisas, ordenó el piadoso rey que se hicieran rogativas por espacio de nueve días para que el Cielo les concediese el tesoro que se hallaba oculto; para que la misma Virgen María los iluminase y encaminase sus pasos hacia el lugar donde se encontrara su sagrada imagen.

Y la Virgen escuchó sus ruegos: el día 9 de noviembre de 1085, último del novenario, organizóse una solemne procesión, después de la misa celebrada en el templo de Santa María, que recorrió todos los lugares donde se creyó que pudiera esconderse la imagen de la Señora...

Cuentan las crónicas que en esta procesión iban, además de don Alfonso VI de Castilla, el rey don Sancho de Aragón y de Navarra, el infante don Fernando y el famoso Cid Campeador, don Rodrigo Díaz de Vivar.

Al llegar la comitiva al sitio denominado hoy

Cuesta de la Vega, y al pasar por delante de un trozo de la vieja muralla que por dicha parte de la villa se levantaba, permitió Dios que se produjera uno de los muchos prodigios con que el Todopoderoso muestra a los mortales su infinito poder y su bondad sin límites...

Y fue que, ante el asombro de todos los presentes, se derrumbó por sí mismo el trozo de muralla donde estaba la hornacina en la que ocultaron la sagrada imagen de María, apareciendo ésta, a la vista de los fieles, en la misma forma en que fue colocada, incluso con las dos velas encendidas que, para alumbrarla, habíanla puesto aquellos fervorosos cristianos, un día del año 712. Habían transcurrido, pues, trescientos setenta y tres años.

Ante el milagro, cayeron todos de rodillas, prorrumpiendo en exclamaciones de júbilo, y no quedó una persona en la villa que no pasase por aquel lugar y no cayese de hinojos para adorar a la Santísima Virgen María, que, de modo tan ostensible, había demostrado su divino amor a los madrileños.

Al otro día fue trasladada la milagrosa imagen con gran pompa a su primitiva mansión, en cuyo camarín fue colocada con el título de la Virgen de la Almudena, por haber estado oculta en el lugar llamado por los moros «Almudín», o pósito del trigo.

Desde entonces la Virgen de la Almudena es considerada Patrona de Madrid.

La iglesia parroquial de Santa María, venerable por su antigüedad e historia, era un templo

mezquino en su forma y dimensiones, y se asegura que en él se predicó por primera vez el Evangelio en Madrid. Albergó el culto de la Patrona y tuvo la categoría de catedral, siendo colegiata de canónigos seglares en tiempos del conquistador, el piadoso rey don Alfonso VI.

Luego pasó a la categoría de parroquia, hasta su demolición, a fines del año 1870, pasando la milagrosa imagen a la iglesia del Sacramento, de donde fue trasladada a la cripta de la Catedral. Hoy se halla en el Altar Mayor de la referida iglesia del Sacramento, por estar actualmente la cripta en reparación.

* * *

El día 9 de noviembre de 1941, inauguró solemnemente el ilustrísimo señor Obispo de Madrid-Alcalá una imagen de la Virgen de la Almudena, esculpida en piedra, en el mismo sitio de la Cuesta de la Vega donde se supone que apareció el año 1085.

A ambos lados de la hornacina, dos monumentales faroles de hierro y cristales alumbraban la imagen, en recuerdo de aquellas milagrosas velas que lucieron durante trescientos setenta y cinco años, en honor de la Virgen María...

José R. Santonja

LA VIRGEN MORENA DE MONTSERRAT

He aquí la conmovedora leyenda tal como ha llegado hasta nosotros.

Wifredo I, «El Velloso», conde de Barcelona, que ocupó el trono durante los años 874 a 898 de nuestra Era, tenía una hija llamada Riquilda, de extraordinaria hermosura, la cual, al cumplir sus doce años de edad, presentó síntomas de posesión por el Demonio. Ni oraciones, ni rogativas, ni exorcismos, sirvieron para arrojar del cuerpo de la posesa el espíritu del Maligno, el cual llegó a revelar que sólo abandonaría a su víctima por mandato del ermitaño Juan Garín, un santo anacoreta que habitaba en la montaña de Montserrat, cerca del Monasterio de Monistrol.

Fue conducida la niña a la cueva del ermitaño, en cuya compañía había de permanecer durante nueve días. Y el santo varón consiguió libertar a la doncellita de las garras de su maldito opresor.

Entonces, Wifredo, a fin de lograr completa curación e impedir que el enemigo volviera a apoderarse del cuerpo de su adorada hija, quiso dejarla en compañía del ermitaño algún tiempo más, mientras él se retiraba al Santuario de Monistrol, para dar gracias a la Santísima Virgen por el bien que acababa de recibir.

Solos quedaron la princesita y el ermitaño.

Y el Diablo, que nunca descansa, encendió una

La Virgen Morena de Montserrat

torpe pasión en el pecho del austero anacoreta, quien, olvidando cuanto tenía de humano y de cristiano, ultrajó a la pobre niña, degollándola después, creyendo borrar así las huellas de su horrendo crimen. Luego la enterró junto a la cueva.

Pasado aquel momento de locura, reaccionó en un profundo arrepentimiento y, horrorizado, huyó de aquel lugar, testigo de su monstruoso delito.

Vagó durante mucho tiempo por la montaña, esquivando el trato de las gentes. Y deseando confesar su pecado al Santo Padre e implorar su absolución, se encaminó a Roma, cruzando, a pie, montes y valles.

El Sumo Pontífice lo oyó en confesión y lo absolvió, imponiéndole esta dura penitencia: volver de rodillas a su cueva, no comer más que hierbas, no pronunciar ni una palabra y no levantar jamás la vista del suelo. De esta forma había de vivir, hasta que Dios lo perdonase por boca de un niño.

Juan Garín cumplió exactamente esta penitencia durante siete años, en la misma cueva donde cometió su crimen.

Cierto día, hallándose el conde Wifredo de cacería en la montaña de Montserrat, unos monteros de su séquito encontraron en su cueva al penitente. El aspecto de éste era, en verdad, monstruoso, por lo que le tomaron por un animal salvaje.

Amarráronle a una cadena y se lo presentaron

a su señor, el cual ordenó que fuese conducido a palacio y encerrado en una jaula.

Y la gente se agolpaba ante ella para ver al monstruo, y algunos le echaban huesos y mendrugos de pan; otros le tiraban piedras..., y otros lo hostigaban con palos... Un día se acercó a la jaula el conde Wifredo en compañía de varios cortesanos, y, estando en la contemplación de aquel ser, que parecía una alimaña, ocurrió un hecho extraordinario: fue el caso que un niño de tres meses que se hallaba presente en brazos de su nodriza, dirigiéndose al desgraciado anacoreta, le dijo:

«Levántate, Juan Garín, que el Señor Misericordioso, satisfecho de tu penitencia, ya te ha perdonado.»

Quedáronse todos los circunstantes maravillados al oír hablar de modo tan claro a un niño de tres meses, y creció más su admiración cuando, dejando Juan Garín la postura que le había confundido con los brutos, se arrojó a los pies de Wifredo, confesándole su crimen.

Llenóse de ira y coraje el corazón del conde al oír tal confesión, y no le atravesó el cuerpo con su espada, porque el Cielo iluminó su inteligencia, haciéndole comprender que cuando Dios tan manifiestamente lo había perdonado, él no podía negarle su perdón...

* * *

Ordenó el conde al momento que lo guiase al sitio donde había enterrado a su hija...

Y allá fueron todos... Al llegar a la montaña de Montserrat, entraron en la capilla de la Virgen y se postraron ante su altar, en fervorosa oración. El conde lloraba por la triste suerte de su hija, desaparecida misteriosamente siete años antes. Juan Garín lloraba por sus horribles pecados.

Y Dios se compadeció de ellos.

Al abrir poco después el hoyo donde el ermitaño enterró a la bella Riquilda, presenciaron todos un nuevo prodigio, obra del Señor Todopoderoso por intercesión de la Santísima Virgen María:

¡Riquilda se levantó por sí sola y se arrojó llorando en los brazos de su padre! Y sus primeras palabras fueron de perdón para el arrepentido ermitaño. Y todos los presentes cayeron de rodillas.

Luego, Riquilda, pidió a Wifredo que, ya que había estado muerta para el mundo tan largo tiempo, le permitiera consagrarse a Dios en aquellos lugares, fundando un Monasterio.

El conde se lo permitió y, cuando el Monasterio estuvo concluido, la princesita se encerró en él, siendo abadesa de las Religiosas Benedictinas que primeramente lo habitaron.

Juan Garín, estando al servicio de estas Religiosas, murió años más tarde, al decir de las gentes, en olor de santidad.

* * *

Setenta y ocho años después, el conde Borrell, sucesor de su padre Wifredo, temeroso de los

atropellos que los árabes pudieran cometer, trasladó las monjas del Monasterio de Montserrat a Barcelona, poniendo en su lugar monjes.

Por esta misma razón se cree que la imagen de la Virgen fue escondida en un lugar de la montaña. Y cuenta la tradición que, a fines del siglo IX, se apareció a unos pastores en una hornacina hecha en la roca de la montaña. Y al pretender trasladarla al lugar donde hoy se encuentra la Basílica, la sagrada imagen se hizo tan pesada, que no pudieron moverla.

* * *

Hoy se encuentra en el altar mayor de la Basílica. Es de madera, viste manto de oro y ciñe corona, así como el Niño que tiene en su regazo. Está sentada en una silla de madera dorada y sus pies descansan sobre un almohadón. Tiene en su mano derecha una bola que simboliza el Mundo, y en su izquierda, un cetro.

La cara y las manos, tanto de la Madre como del Niño, son de color moreno, o más bien, negro.

Por esto suelen llamarla, cariñosamente, LA VIRGEN MORENITA DE MONTSERRAT.

José R. Santonja